

Un largo mes

León Trotsky y Christo Kabakčev (Kabachiev)
[Segunda quincena de diciembre de 1912]

(Versión al castellano desde “Un long mois”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 230-231. Sin datación en la obra de la que traducimos. En función del contenido, fechamos provisionalmente en la segunda quincena de diciembre de 1912.)

Durante este último mes, que pasó rápidamente, todo cambió. Al comienzo de la guerra, el tiempo era espléndido y las esperanzas inmensas. Las carreteras estaban abarrotadas de unidades de reservistas, macedonios y voluntarios en marcha, así como de música militar con coros y atronadores “¡Viva!” Las noticias de avances victoriosos y pérdidas limitadas del ejército búlgaro se sucedían. En las calles se reunían multitudes para escuchar la lectura de los telegramas; los embajadores de los países aliados eran llevados, a hombros, en señal de triunfo. Las voces de los jóvenes canillitas que gritaban los titulares de sus periódicos se hacían eco unos a otros. Los diarios informaban constantemente de nuevas victorias sobre los turcos o de informaciones sobre la opinión pública europea. Con sombreros o tocados de seda, equipados con prismáticos y cámaras, los periodistas más ingeniosos corrían de un café a otro, deseosos de saberlo, oírlo y verlo todo. Las mujeres de Sofía se habían quedado sobre todo en la ciudad. Elegantes, paseaban solas por las calles soleadas del centro, porque sus maridos, sus prometidos, sus hermanos habían bajado a la arena. Era principios de octubre, pero parecía primavera, una estación destinada a no acabar nunca...

Pero esa primavera ha llegado a su fin. Han llegado las noches frías, el monte Vitoša está cubierto de nieve y los encargados del hotel llenan las tuberías metálicas de agua caliente. Por la mañana, una niebla desagradable entra por las ventanas abiertas de par en par. Llueve dos de cada tres días. Cada vez hay menos correspondientes de guerra en las calles y más heridos que salen de los hospitales. Los últimos contingentes de la reserva han partido hacia el frente con la legión macedonia y la unidad armenia. Las divisiones serbias que se dirigían a Andrinópolis (los voluntarios llevaban sombreros con la punta roja, pero sin adornos florales) pasaron por aquí. La humedad sube y baja, está por todas partes. Los pequeños canillitas pregoneros se protegen de la lluvia con tocados hechos con hojas de periódico, guardan las manos enrojecidas por el frío en sus bolsillos rajados, gritan los titulares que anuncian la tregua o la reanudación de las hostilidades. Sus voces están quebradas por la humedad y por un mes de gritos constantes.

Ha pasado mucha agua bajo los puentes desde la última vez que se reunieron multitudes y se oyó un grito de entusiasmo en las calles. Ya no se ven mujeres elegantes paseando. Recorren las calles con prisa, parecen preocupadas, se cobijan bajo sus paraguas y se levantan las faldas al pasar sobre las aceras mojadas. Los mendigos que salen de Juč-Bunar, al cruzarse con desconocidos en la calle, extienden sus manos sucias y piden limosna en tono lastimero. Cada vez llega más personal médico del extranjero, que es absorbido de inmediato por los hospitales, cuya población no deja de crecer.

Corren tiempos difíciles. La guerra no ha terminado y Andrinópolis resiste; los informes sobre la toma de Çatalca, pasados por la criba de la censura y por tanto (como es habitual aquí) considerados fiables, resultan ser erróneos.

El ejército turco, o al menos gran parte de él, resistió en Çatalca, y con él el espectro del cólera. La guerra no ha terminado, pero tampoco avanza. Las negociaciones continúan. Los anuncios de tregua fueron acogidos con poca alegría, porque iban

acompañados de rumores de crecientes dificultades causadas precisamente por aquellos en quienes habían descansado tan vanas esperanzas. Nadie aprecia el número patriótico de V.I. Nemirović-Dančenko, interpretado al ritmo de los tambores. Incluso los duros de oído se han dado cuenta de que estos instrumentos tocan ahora una nota falsa. El resplandor de los cañones aún no se ha apagado, y las flores de la poesía de la guerra ya se han marchitado. La trágica realidad de la guerra, traída a casa por la oleada de heridos, se ha extendido por todo el país.

Los búlgaros no son sentimentalistas. Carecen de lirismo y de instinto teatral. Por supuesto, los artículos periodísticos sobre el ejército victorioso estaban escritos en un lenguaje pulido, adecuado a la importancia de los acontecimientos, pero el estilo era monótono, laborioso, formal y ceremonioso. Tras los primeros días, el estilo volvió a caer en los estereotipos habituales. La toma de Lozengrad había despertado un gran entusiasmo en la ciudad, con ovaciones y desfiles de antorchas. Los informes de las batallas que siguieron a las de Lüleburgaz o Çorlu, al igual que las noticias de la toma de Salónica, no dieron lugar a desfiles ni explosiones de júbilo. Desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, el único eco de la guerra que se oía en las calles eran los gritos de los canillitas. La noticia de que torpederos búlgaros habían hundido un crucero turco, difundida ayer por los periódicos vespertinos, y en particular por una *přiturka* de la *Bălgarija* no oficial, no tenía eco en las calles. La población está cansada de victorias; quiere la Victoria.

Lev Trotsky y Christo Kabakčev (Kabachiev)
Escenas de la vida política búlgara

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es